

A 90 años de su nacimiento

Carlos Gardel:

¿queda algo por decir?

Mauricio CIECHANOWER

Por una de esas coincidencias numéricas, no muy frecuentes por cierto, este 1980 que ya se apresta a retirarse de escena, contiene dos efemérides que guardan estrecha relación con Carlos Gardel: en junio pasado, los 45 años de su trágica muerte en Medellín; en esta semana que finaliza, los 90 de su nacimiento en Toulouse.

Decimos "esta semana", sin precisar el día con exactitud, porque aún sigue en danza —de acuerdo a distintas investigaciones y testimonios— si fue el 10 o el 11 de diciembre de 1890 cuando vio la luz en tierra francesa. En todo caso, poco importa esta diferencia de veinticuatro horas en más o en menos.

Lo que sí se constituye en más preocupante, a los efectos de esta evocación, es el precisar sobre qué flanco gardeliano habrá que emplazar las baterías en esta oportunidad.

La personalidad del inolvidable cantor ha sido motivo de tantos y tantos trabajos, estudios y análisis en torno a las múltiples facetas que rodearon su existencia, que se hace sumamente difícil el hallazgo de algún ángulo original que no haya sido abordado hasta el presente.

De todos modos, habrá que intentarlo.

Monumento a Carlos Gardel



Carlos Gardel

A MANERA DE INVENTARIO

Dentro de esa larga nómina de caras o lados en que prácticamente se ha viviseccionado a Gardel, merecen figurar algunos asuntos que han merecido particular y reiterado detenimiento por parte de estudiosos, investigadores o, simplemente, admiradores del ídolo metidos a hurgar y desentrañar tales o cuales aspectos de su historial humano y artístico.

La lista, incompleta por cierto, forzosamente debe incluir —con caracteres bien destacados— preferentes capítulos que han sido destinados a cuestiones como las que se mencionan a continuación:

- El insistente tema, por parte de algunas de esas fuentes, relacionado con la presunta posibilidad de su nacimiento en Uruguay, ubicando al intérprete como hijo del coronel oriental Carlos Escayola; con el agregado de nebulosos datos sobre su infancia y adolescencia que parten de dicha hipótesis natal, nunca fehacientemente probada.

- Los misteriosos entretelones que envolvieron su vida íntima y afectiva, mismas a las que siempre rehusó referirse ya fuera en charlas amistosas con sus allegados o ante el insistente requerimiento periodístico.

- El desordenado manejo del rubro monetario, tanto en moneda nacional argentina como en valores extranjeros, ya fuera en cuentas a su nombre en Buenos Aires o en el exterior.

Dentro de esta misma área, se inscriben los renglones referidos a las cuantiosas sumas que percibiera en materia de Derechos de Autor —acrecentadas tras su dramática desaparición—, así como todo lo relacionado con los bienes que legó y los sucesivos testamentos aparecidos, con diversas modificaciones, en cada uno de dichos escritos hallados.

- Las subdivisiones en que se fraccionara su polifacética labor, para un mejor estudio y evaluación de cada uno de dichos elementos componentes de su total accionar artístico: como cantor nacional, formando dúo con José Razzano, en sus incursiones teatrales, de cabarets o en radio; en el marco de sus papeles en la pantalla cinematográfica, tanto en Argentina como en Estados Unidos y Francia.

- Ligado al anterior punto, pero necesariamente desprendido de él por su voluminoso caudal, el detalle

y la crítica respectiva de su intervención discográfica en varios sellos grabadores y de acuerdo a las diferenciadas etapas en que se concretaron.

- La significación y alcance del notorio éxito que lo acompañara en su propósito (y logros concretos) de conquista de mercados que se abrieron al tango merced a sus buenos oficios como genuino representante del género: Latinoamérica, Estados Unidos y varias capitales europeas.

- Los inesperados detalles que habrían de surgir, incorporarse y rodear su muerte, convirtiéndola en otra más de las tonalidades oscuras que parecieran haberse hecho presentes a lo largo de grandes tramos de su existencia toda.

- Para finalizar, y expresado en términos de rigurosa síntesis, el fenómeno que sobrevino precisamente después del trágico avionazo que tronchó su vida: el mito gardeliano.

(“Salvo Carlos Gardel, nadie ha poseído la ciudad”.
Florencio Escardó-Geografía de Buenos Aires)

Como comprenderá el lector, todos y cada uno de estos puntos esbozados, podrían ser ampliados en profundidad. En el caso de poder añadirse un fascículo especial a la habitual edición de “El Gallo Ilustrado”, por supuesto.

Vista esta imposibilidad material, trataremos de centrarnos en un aspecto que guarda relación con la expresiva frase del doctor Escardó que venimos a reproducir, y en un no menos elocuente testimonio que fuera recogido por la desaparecida revista literaria “Crisis”, en su edición de julio de 1975, en un reportaje múltiple efectuado en diversos lugares de la capital argentina y con un muestreo de los más dispares protagonistas que puedan concebirse.

A través de las respuestas a esta encuesta, es posible redondear la expresión de Escardó mediante un agregado; aquel que, junto a la mencionada posesión ciudadana de Buenos Aires, incluya a su gente, la que convive en esa gran urbe y que proviene de los estratos sociales más dispares. Un hecho que no es dable observar a menudo, al menos en forma tan contundente, en los distintos órdenes del quehacer en que figuras de esta dimensión trascienden los parámetros —digamos normales— de la admiración masiva.

La exteriorización colectiva y unánime de esas voces elegidas al azar en aquellas entrevistas, configuran la imagen que Gardel logró y supo depositar en todas esas gentes (lo hayan conocido o no, hayan gustado o no en directo de su arte interpretativo en alguna ocasión); la reiteración de respuestas que dan cuenta y giran alrededor de su “saber interpretar el sentir del pueblo”, de su meterse “en el corazón popular”, de su condición de “hombre del pueblo” y todas las variaciones propias de este insistente atributo y particularidad, son las que parecieran indicar el principal basamento en que se apoya esa perdurable e inmovible lealtad a su figura.

No se trata pues, en este caso, de la simplista apología contenida, por ejemplo, en el conocido “cada día canta mejor” o, por el contrario, en la detallada exposición de todos sus auténticos y notables valores vocales, técnicos o estilísticos.

Es algo que va mucho más allá. Y que guarda estrecha relación con la que fuera búsqueda permanente de Carlos Gardel (desde su arribo a Buenos Aires en edad preescolar) de una identidad nacional adoptiva. Una búsqueda que —para lograr su objetivo— lo llevó a adentrarse y convivir con los ámbitos sociales más modestos, con el conocimiento directo y en profundidad de esos exponentes humanos, sus modalidades y sus vivencias.

Esas raíces no habrían de sufrir modificaciones de fondo, pese a su contacto posterior —ya en tiempos de fama y fortuna— con los ambientes más encumbrados.

Ese rasgo distintivo inconfundible, esa identificación plena con el criollismo o el porteñismo de su tiempo, esa especie de fiel representación del “argentinismo de Buenos Aires” que habría de flanquearlo permanentemente (en oposición al predominio europeo), pareciera ser uno de los factores fundamentales que —con el paso del tiempo y aún después de su desaparición física— ha permitido que rebrote y reviva en cada una de las generaciones de renovados seguidores de su arte incomparable.

Por encima de los valores propios e indudables que rodearon sus innegables dotes en el campo de la canción popular, aquella parece ser la respuesta atinada y certera de todos quienes han visto reflejada, en esa identidad promovida por el ídolo, la suya propia.